La autodemolición de la Iglesia llevada a cabo por el Concilio Vaticano II

(Texto extraído del capítulo 10 del libro *Sede vacante* del **P. Joaquín Sáenz y Arriaga**, publicado en 1972)

(…) El **salvaje atentado, perpetrado por el húngaro Laszlo Toth contra la célebre escultura de Miguel Ángel "la Piedad",** no es sino la lógica consecuencia de haber enviado a Nueva York esa preciosa escultura, para diversión del turismo y la lenta, pero segura autodemolición que lleva a cabo el pontífice infiltrado **Juan B. Montini**.

He citado este incidente, porque es revelador, porque es simbólico: para mí el atentado a la "Piedad" de Miguel Ángel no es sino una representación tangible de lo que el Concilio Vaticano segundo y los dos últimos pontífices han hecho y están haciendo en la Iglesia. Porque nadie puede sospechar siquiera la significación, la utilidad y el terrible peligro de **un Concilio, influenciado y controlado por los judíos**. Su significado, su conveniencia, su grave amenaza estaban en el asalto masivo contra la Iglesia, por un concilio desconcertante y democrático, **que revivió de un modo o de otro todas las antiguas herejías, a título de *aggiornamento*, de "ecumenismo", de "diálogo", de progreso**, para destruir así insensiblemente nuestros dogmas, nuestra moral, nuestra liturgia y la disciplina de la Iglesia tradicional y apostólica. La debilidad y poco éxito, con que los antiguos infiltrados en la Iglesia (la infiltración judaizante ha sido un mal, desde los tiempos apostólicos, para destruir la obra de Cristo) habían tratado de realizar sus perversos designios, fracasaron, porque sus ataques se habían concentrado en un dogma, en una religión; habían sido inspirados por pequeñas ambiciones, de estrecha proyección. Pretendían tan sólo sembrar la duda o la herejía en contra de una verdad de nuestra fe, principalmente contra la divinidad de Cristo y la Virginidad de María Santísima. **El plan montiniano fue grandioso**, a no dudarlo, ya que estaba masivamente dirigido **contra todas las verdades de la fe**, en escala mundial, apoyado por un concilio y por un Papa, **encaminado, sobre todo, a la tangible destrucción de las cuatro notas características de la verdadera y única Iglesia de Jesucristo**.

Todo favoreció la realización de este plan diabólico: la facilidad de comunicaciones, la rapidez para escribir y para imprimir la ingente literatura preconciliar y conciliar, en la que el veneno se difundió por todo el mundo, las múltiples infiltraciones que, en todos los niveles, eclesiales y laicales, se dedicaron a la satánica tarea de desorientar, a título de obediencia, de veneración a nuestros jerarcas y al papa, a los católicos, que firmes en la fe, sabían descubrir y denunciar esas falsas derechas, más nocivas, más desorientadoras, que los mismos descarados enemigos. **La infiltración trabajó y trabaja a gran escala, bien financiada**, bien aconsejada y bien disfrazada de sumisión filial, de "ecumenismo", de "Muro" de las lamentaciones, de "Guía", con su ambición continental. ¡Ay, los Abascal, los Salmerón, los Plata, los Octavios, los Aviles, los Alvarez Icaza, los Quiroga y tantos otros, como hoy vemos, que, **por defender a Pablo Sexto, han traicionado a Cristo y a su Iglesia**! **¿Dónde está la Unidad de la Iglesia? No existe en la doctrina**; no se da **en los Sacramentos**, en la liturgia; no **en la moral** de circunstancias, en la moral subjetiva; no existe siquiera **en la disciplina**. Los obispos, con su colegialidad y su corresponsabilidad, minaron la autoridad papal; el mismo Montini con el falaz engaño de la Iglesia de los pobres, de la vuelta a la pureza de las fuentes, buscaba en realidad el proceso de desintegración, planeado en los antros del judaísmo, de la masonería, del comunismo. Hay división en todas partes, **hasta en el hogar cristiano**, que había sido la fortaleza de nuestras santas tradiciones.

¿Dónde está la **santidad** de la Iglesia? Hoy nada es pecado; en los pulpitos gritan esos curas traidores que el único pecado es el pecado comunitario. En lo demás, todo es permitido, todo es lícito, con tal de que se haga con amor. Las comunidades religiosas, salvas pocas y honrosas excepciones, están en plena decadencia, en un estado agónico, en franca descomposición ideológica y moral, como lo vimos en la tremenda condenación del caso del Seminario de Montezuma; como lo denuncia la opinión pública, que, con razón, se escandaliza al ver a los religiosos en los sitios vedados, no digo ya a los religiosos, sino a cualquier católico de moral y decencia. Ahora el santo es juzgado como anormal y como loco, como un enfermo mental, que debe ser internado en una clínica psiquiatra.

La Catolicidad de la Iglesia fue sustituida por "ese ecumenismo", invención **satánica**, **que ha paralizado las verdaderas conversiones**, que ha **multiplicado las apostasías**, que está haciendo tremendos e irreparables estragos en la fe de muchísimos buenos católicos. El mandato del Divino Maestro "Id y predicad", "id y evangelizad", fue cambiado por el mandato

montiniano: "**Id y dialogad**"; y el diálogo nefando nos ha llevado a equiparar la Iglesia con las sectas, con las religiones paganas, **hasta llevar a Pablo Sexto a sentarse en el Consejo Mundial de las Iglesias**, **al lado de los herejes, apóstatas y carentes de toda verdadera religión**, **para pronunciar un discurso** lamentable, absurdo, **injurioso para la verdad revelada**, vergonzoso para la Iglesia fundada por el Hijo de Dios.

¿Y **la Apostolicidad**? **Se rompió el hilo permanente de la tradición apostólica**; ya nadie acepta ni toma en cuenta los escritos de los Padres y Doctores de la Iglesia; ya la voz del Magisterio de los Papas y Concilios anteriores perdió para esos innovadores el carisma de la infalibilidad, de la inmutabilidad, de la universalidad. **La Iglesia Católica empezó, para esos falsos hermanos, con Juan Ventitrés, con Pablo Sexto y con el Concilio Vaticano segundo**. **Lo que hace unos veinte años condenó Pío Doce es lo que ahora Montini acepta, difunde, defiende**, aunque en sus discursos, de vez en cuando, se lamente, repruebe o parezca reprobar, y aun finja un llanto de dolor, ante la subversión triunfante en la Iglesia. El y solamente él es el culpable.

No ha habido oposición ninguna; las voces que en el Concilio se levantaron valerosas para protestar y luchar contra el asalto de la fortaleza, fueron pronto calladas: **a unos, con el pretexto absurdo** y diabólico **de la edad, se les arrojó de sus Sedes**; a otros se les convenció dolosamente con promociones indebidas al cardenalato; **y los que siguieron dando la batalla se encontraron bloqueados por la incomprensión, por las calumnias, por la difamación, por la pobreza** (ésta sí verdadera, no de nombre, como la de los progresistas, los de auto, de diversiones y de mujer).La prensa católica cayó en sus manos, por no mencionar a la prensa comercial y profana, como la "cadena De García Valseca" en nuestra patria, a la que la voz melosa y traicionera de un jesuita, el Padre Escalada, obligó al coronel, so pena de la "excomunión" y de la condenación eterna, a despedir o silenciar a los defensores de la ortodoxia. Es verdaderamente descarada esa entrega de **la mayoría de periódicos y revistas**, que **en manos de la judería o de sus satélites**, han cerrado sus puertas al defensor de la verdad, para abrirlas al de las "Sumas y Restas", el doblemente traidor, de España y de México, a los Genaritos, a los Ochoa Mancera, a los Moya García, a los Mugenburg.

Este mundial y masivo asalto; ese éxito incuestionable de la subversión ha sorprendido a los mismos enemigos, que nunca habían soñado en un triunfo tan completo, tan rápido y tan universal. Y **son los obispos, son los**

cardenales los grandes culpables. Porque, aunque ya la infiltración era muy grande y **Juan Ventitrés supo seleccionar a los que la "mafia" había escogido para ocupar los puestos cardenalicios vacantes**, así como **los episcopados** y puestos de mando; sin embargo, no podemos negar que muchos de los Padres conciliares fueron al Concilio con buena y sana doctrina, con la preparación necesaria para darse cuenta del verdadero objetivo del Concilio Pastoral. **La acción arrolladora de los "expertos", el lavado cerebral que se hizo a los grupos episcopales** y, sobre todo, las directivas del Concilio (recordemos la frase de Rahner) hicieron que **con apariencias de una absurda e inadmisible democracia**, Montini y su equipo llevasen adelante con rapidez asombrosa el plan hábilmente preconcebido no tanto por el judaísmo, sino por su aliado el satanismo mismo. **Ningún Concilio, planeado en secreto, con el propósito de destruir la Iglesia, puede ser un Concilio verdadero**, en el que el Espíritu Santo enseñe a los hombres la verdad. Debemos escoger: o el Concilio de Trento, el Vaticano Primero y todos los otros Concilios que les precedieron fueron verdaderos Concilios, dirigidos por el Espíritu Santo, y en ese caso no podemos estar de acuerdo con el Vaticano segundo, **el Pastoral Concilio de Montini**; o este Concilio no es la obra de Dios, sino la obra de los enemigos de Dios. Porque, **ni el *aggiornamento*, ni el "ecumenismo", ni el "pueblo de Dios", ni "la colegialidad", ni el "diálogo", ni "libertad religiosa", ni la "exoneración de los judíos" es la voz de la Iglesia de veinte siglos**.

Pero, hay una prueba más decisiva: **"el pluralismo religioso", la nueva trampa, excogitada por Maritain y por Montini, como la solución práctica para el establecimiento de esa unidad en la desigualdad de creencias, de ritos, de moral, de disciplina, de religiones**. Mientras los católicos continuaban haciendo conversiones, un equipo de sacerdotes, como el Padre **John Hardin, jesuita**, recorrían los países y daban conferencias a sacerdotes, a seminaristas y a laicos, para convencer a todos de que, ante el peligro nuclear, la paz estaba sobre todo; que **para alcanzar esta imperiosa paz, era necesario interrumpir el trabajo de hacer proselitismo católico**, para dejar el campo abierto al "pluralismo", en el que todas las religiones podían convivir pacíficamente en la más estupenda hermandad. Era el secreto pacto que los católicos habían hecho con sus mortales enemigos: los protestantes, judíos y hasta con los mismos masones y comunistas.

No más apostolado de conversiones; **debía cesar el proselitismo de los católicos; no el de sus enemigos**. Un nuevo lenguaje vino a sustituir el

lenguaje de la tradición católica. Se empezaron a oír frases blasfemas, como la última expresión de la verdad católica. "**Somos una sociedad pluralista**", con autoridad casi dogmática, declaró el Padre John Courtney Murray, jesuita Con la interpretación del judío que dominaba en Roma, la paz para Roma significó la paz con los judíos. **No es la paz de Dios** la que ha buscado nunca Juan Bautista Montini, **sino la paz del hombre**, en la esclavitud del socialismo. Lo que ahora debemos admitir los católicos es que Satanás y Cristo pueden ir del brazo, y entrar y salir juntos en el Vaticano. El Padre Courtney ya murió, como han muerto muchos de esos activistas del Concilio, que hicieron en la Iglesia esa labor satánica. ¡Ya han sido juzgados por Dios! Pero no ha muerto su escuela, ni su secta. El Cardenal John Wright, Secretario de la Congregación del clero, en la primavera de 1971, en una entrevista que concedió a un Padre Dominico, editor de Priest Magazine, dijo: "Difícilmente puede ya sorprender a ninguno de los que me siguen el concebir al "pluralismo religioso" como parte de la tradición católica".

Viene aquí muy oportunamente una crítica publicada en España contra uno de esos falsos profetas, anunciados de antemano por la Sagrada Escritura, que, por desgracia, es un miembro de la Jerarquía, de los que lentamente están siendo seleccionados para llevar adelante el plan destructivo de la Iglesia:

"¿**La herejía de la tradición**? Ha hablado un dignatario de la Iglesia. El que hable una persona así nos obliga a escuchar con la mayor atención, porque ya los católicos, que nos preciamos de serlo vamos formando mentalmente una especie de fichero teológicomoral, para saber de quién podemos fiarnos, para recibir la verdadera doctrina y quién puede ahora repartirnos el pan de la verdad en la fe y en la moral.

Bien; ha hablado una Jerarquía. ¡Santo Dios, lo que ha dicho! Él le perdone los disparates, más o menos proféticos, pero tremendos, que ha vertido. Suponemos que, al haber recibido, con la consagración episcopal, la plenitud del sacerdocio y los siete, sí, Siete Dones del Espíritu Santo, ha de haber ascendido a las alturas místicas propias de especiales gracias celestiales y, sin embargo, o mejor dicho, por eso nos ha dejado perplejos. Nosotros, los refractarios a la droga de la "adultez postconciliar", conservamos el sentido común y unas migajillas de teología, que nos ayudan y sostienen en esta lucha contra el poder de las tinieblas; apoyándonos en ambas cosas, vamos ahora a exponer los motivos de nuestro asombro y perplejidad. Es el caso que, en esta **Babel de herejías consentidas** (¿Por quién, sino **por Pablo**

Sexto?), de ataques a los dogmas sagrados de la religión católica, de "Nihil obstat", "Imprimí potest" e "Imprimátur" inexplicables en publicaciones de manifiesto error herético, de pastores consentidores de propaganda abiertamente ofensiva a la moral y a la fe católica, y en plena publicación, tristemente famosa del famoso documento de los 33, una dignidad de la Iglesia **se ha dirigido a nosotros, los fieles a la Tradición de la Fe y de los Dogmas, tachándonos nada menos que de herejes y de Iglesia paralela** (no; no se refiere al IDOC ni a las comunidades de base, ni a los subterráneos de la Iglesia; es a nosotros, señores, es a nosotros). Y lo ha hecho precisamente con ocasión de hablar de los dos dogmas atacados en el documento citado: La Encarnación de Cristo y la Santísima Trinidad. ¡Quién lo hubiera dicho! En vez de dirigirse a los verdaderos herejes, a los que los obispos de todo el mundo, encabezados por graves advertencias y admoniciones de Roma, han señalado, desautorizándolos y condenando sus doctrinas, se ha vuelto airado contra nosotros y, como digo, **nos ha tachado de herejes** y lo ha hecho con estas increíbles palabras: "Es casi como para hablar de la herejía de la Tradición". El disparate es monumental, porque **es imposible que exista una herejía de la Tradición, como es imposible que se dé una herejía de la verdad**, Todos sabemos que, para que haya herejía se necesitan estas dos cosas: 1ª) La negación o el ataque a un dogma de la fe católica y 2ª) La pertinacia en sostener el error, después de ser advertido. Ahora bien, ¿cómo se puede sostener que los defensores de la Santa e Intangible Tradición, por la cual la Iglesia Católica ha ido trasmitiendo la fe y los dogmas, durante veinte siglos, hayamos incurrido en herejía precisamente por defender —y estar dispuestos para hacerlo, hasta llegar a la entrega de nuestra propia vida— Todos los Dogmas, que hemos recibido de nuestra Madre la Iglesia Católica ...?

"¿En qué se funda el señor Obispo al decir esto? ... Pero sepa él y todos que no vamos a ceder porque **es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres**, y cuando una jerarquía no habla en unión de todos los obispos y en **comunión con el legítimo Papa**, aunque nos diga que está hablando en esta forma, no tenemos obligación de obedecerle y, es más, **en ocasiones, faltaríamos incluso obedeciéndole**.